

El club de las serpientes

Tabane Sosa
(Uruguay)¹

—¡Porque esta vez no quiero! ¡Se terminó!

El estertor producido por estas palabras (a pesar de no ser la primera vez que las decía, a pesar incluso de haberlas dicho cientos, miles de veces) pareció quebrar el ¿silencio? el ¿vacío? No encontraba la palabra. Aunque al menos, ahora la buscaba.

No se podía quebrar el silencio. El silencio no existía y tampoco el vacío.

O eso creía. Y no solo porque siempre “había dicho”, sino además porque silencio y vacío no se correspondían. Se contradecían.

El vacío no dice nada. Y el silencio puede decir todo. El vacío es ausencia pura, la nada.

En cambio el silencio es un absoluto.

Empezó a girar sobre sus pies. La vuelta se iniciaba en sentido contrario a las agujas del reloj. Sin embargo, sentía que era impulsada por su lado dominante. ¿Su lado dominante? ¿De dónde había salido tal idea? No sabía lo que era un lado dominante. ¿Cómo es que podía sentirlo?

Sí sabía lo que era un lado dominado. De eso sí que sabía. Ese lado era básicamente su vida. Pero había empezado a sentirse diferente.

¿Desde cuándo? Daba la impresión de que en ese mismo instante en que el pie izquierdo se anclaba para empezar a sostener el peso que caía sobre él impulsado por el viraje del tronco.

Fue entonces que sintió una tirantez en la piel de su pierna derecha a la altura del tobillo. Una suerte de fuerzas opuestas pujaban en la pierna. La piel se adelgaza-

1. Tabane Sosa nació en Montevideo, Uruguay, en 1978. Es Profesora de Literatura egresada del Instituto de Profesores Artigas, y estudiante del profesorado de Idioma Español en el mismo instituto. Forma parte, desde el año 2013, del “Grupo de Investigación sobre Literatura Fantástica Uruguaya” dirigido por Claudio Paolini e integró la Comisión Organizadora de las distintas ediciones del Seminario y Coloquio Internacional de Literatura Fantástica (Montevideo, 2014-2021). Hasta el momento ha expuesto y publicado algunos trabajos académicos, siendo el presente su primer texto de ficción en ser publicado.

ba cada vez más. Algo tiraba hacia arriba, o mejor dicho hacia adentro. ¿Adentro de dónde? De sí.

Una fuerza irreconocible pujaba para continuar el viraje iniciado. Como una fuerza centrípeta.

Mientras que una centrífuga pretendía, como fuera, y al precio que fuera, mantener ese pie arraigado. Entonces la piel se desgarró. Del pie asomó la carne, podrida, hedionda.

Pero la fuerza centrífuga no existe sino en virtud de un sujeto que observa. Y en ese instante en que el hedor de su propia carne lo invadió todo, se dio cuenta de que esa fuerza no era real, sino ficticia (una ficción montada desde el origen de los tiempos, que se retroalimentaba, que engullía todo ámbito de la vida) y la gangrena que manaba del pie; esa gangrena cuya inmundicia poseía una capilaridad sorprendente; se desvaneció.

Y como en un exorcismo, por un instante sintió que todo el cuerpo estaba ya de espaldas al pasado pero aún la cabeza resistía el empuje. Hasta que el cuello no resistió más. Y en un movimiento que duró una micronesima de segundo y toda la historia de la humanidad, la cabeza, viró.

La brusquedad del movimiento era la contracción final. La placenta se desprendió, dejó de latir. Su color rosado empezó a adquirir tonos violáceos, amarillos, verdes. Finalmente se secó en un tono negro que, a pesar de la sequedad, emanaba un olor tan nauseabundo como antiguo.

Vio. Los ojos le dolieron. Los nervios ópticos se desprendieron y hallaron una nueva forma de entrecruzamiento. Quiasma óptico. Y en el nuevo entrecruzamiento cada nervio óptico provocó un nuevo dolor a sus ojos. Entonces vio. Se vio.

Algo pasó. Sí, eso mismo: pasó. Y en ese pretérito perfecto todo lo pretérito, y lo imperfecto, desapareció.

Siguió viendo. Seguiría siempre así, viendo.

Desde las entrañas, un remolino. Una bandada ascendía. Sus nuevos ojos acompañaron el ascenso con un sentimiento tan intenso como extraño.

La piel se renovó. Los poros se dilataron. Millones de partículas empezaron a salir dulcemente de su ser. Cada una con un rostro, con un cuerpo, con un dolor, con una historia. Pudo verlas a todas. ¡Eran tantas! Todas ellas eran las serpientes, las verdaderas protagonistas de los génesis. Susurrantes. Siempre susurrantes. Eternamente susurrantes.

Tomó el rostro de cada una en sus manos. Las observó, las conoció y las besó.

Así, nacida, el giro se completó. Quedó por fin de espaldas a él, a ellos, a todos ellos. A la gangrena.

Pero todo origen trae consigo ingenuidad.

La libertad es un derecho humano básico, pero no para ellas (todas lo sabían). Ellas debían “atreverse” a ser libres.

La novedad de su ser la regocijaba de tal manera que sus oídos se cerraron a todo cuanto dejó atrás. Por eso mismo fue que no sintió el estallido. Solo bastaron dos gramos de plomo. La bala, impulsada por la violencia ya conocida del ser impotente frente al espectáculo que ofrece la libertad, le abrió el cráneo.

Entonces, su cuerpo se alargó y se ensanchó. Lo abarcó todo.

Las serpientes la recibieron. Ahora debía susurrar.

Y se convirtió en absoluto; como el silencio.